

RELEYENDO LA NOVELA *LA CORTE DE CARLOS IV*

Eugenia Lisenko

Mi versión de *La Corte de Carlos IV* fue publicada en 1970. Pasados veinte años se relee esta novela bajo un nuevo punto de vista y se ve más claro la trascendencia y la significación más general de los problemas tratados por Galdós.

Al empezar la traducción de *La corte de Carlos IV* ya tenía yo publicadas mis traducciones al ruso de tres novelas picarescas: *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, *El Diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara y *La Garduña de Sevilla* de Alonso del Castillo y Solórzano. Me fue muy agradable encontrar en la novela de Galdós ciertos rasgos comunes con la novela picaresca en lo del estilo de la narración. Otro Tanto podría decir del protagonista de la novela Gabriel Araceli, un Lazarillo trasplantado al primer decenio del siglo XIX, presentado como participante de los sucesos históricos importantísimos para los destinos de España.

La intención de Galdós al crear sus *Episodios nacionales* se podría comparar a la de León Tolstoy como autor de la epopeya *Guerra y Paz*. En *La corte de Carlos IV* Galdós representa con gran objetividad y realismo a la sociedad madrileña en vísperas de la invasión francesa y la reacción de los representantes de diversos círculos sociales ante la amenaza de la guerra. La acción de la novela tiene ciertas afinidades con los capítulos iniciales de "Guerra y Paz" cuando los acontecimientos trágicos todavía no han empezado.

Pero a diferencia de Tolstoy quien en estos capítulos dedica su atención a la vida de la nobleza rusa describe Galdós el estado de ánimo de diversas capas sociales concentrándose especialmente —como lo demuestra el título— en la corte real. Junto con Gabriel ve el lector la corrupción de los círculos dirigentes y de la familia real y observa el influjo de aquella corrupción en el estado moral de la sociedad española.

La depravación de las clases dominantes contribuyó a despertar en el pueblo la actitud crítica respecto a la nobleza afrancesada y a la familia real. Meditando en la elevación fabulosa de Godoy empieza Gabriel, representante típico del español mediano, a soñar con una carrera semejante. Pero la reacción del hombre del pueblo, del afilador Pacorro Chinitas es diferente: no hay que esperar nada bueno de tales dirigentes, en caso de la agresión francesa el pueblo tendrá que defender la independencia del país.

La semejanza de los acontecimientos históricos en España y en Rusia a comienzos del siglo XIX está a la vista. Ambos países fueron víctimas de la agresión, en ambos tras las

derrotas de los primeros días vino un enorme entusiasmo patriótico del pueblo y una resistencia heroica.

Pero lo que me ha sorprendido al releer ahora la novela de Galdós ha sido la semejanza de la situación descrita en ella con la que se creó en Rusia zarista en los años precedentes al 1917, el año de dos revoluciones. La corrupción de los círculos dirigentes y la indignación del pueblo aumentaron enormemente en aquellos años cuando los destinos del país dependían del albedrío del favorito Grigoriy Rasputin, este Godoy ruso.

Con la perspectiva de que disponemos ahora resulta bien claro que al describir la situación histórica muy concreta creó Galdós una situación simbólica, una situación modelo. "Su pasión por la realidad le hizo pintar cosas de la vida que son siempre eso y otras cosas más".

Aquí pienso que sería oportuno hacer una pequeña digresión para recordar la importancia singular que adquirió en el transcurso de la historia —así en España como en Rusia— la persona del monarca como símbolo del poder, de la vitalidad y salud moral de la nación. Podría ser que tal actitud del pueblo respeto a la persona de su rey (o de su zar) fuese formada en el proceso de una lucha larga y difícil contra los invasores —los árabes en España y los tártaros y mongoles en Rusia—. Para el éxito de aquella lucha que duró tantos siglos fue necesaria una autoridad poderosa, una monarquía absoluta.

A pesar de diversos aspectos negativos del absolutismo, de la conducta amoral de los coronados, de las intrigas y los crímenes que se cometían en los palacios reales, los pueblos de ambos países seguían sintiendo un respeto profundo y una fe ciega en sus monarcas denominándolos "los reyes católicos", el "zar batiushka", es decir "el padre".

Pero el tiempo llegó cuando aquella fe profundamente arraigada en la tradición popular tuvo que ceder a la indignación con la decadencia moral de las capas dirigentes. Como resultado, sobrevino el quebrantamiento del equilibrio social, perturbado ya en ambos países por las calamidades de las guerras. En España tal momento llegó en los comienzos del siglo XIX, durante la lucha contra la invasión francesa. También en Rusia, en el siglo XX, se creó una situación parecida, parcialmente condicionada por los desastres de la primera guerra mundial.

Durante muchos siglos la información de los acontecimientos en la corte rusa se difundía difícilmente por el enorme territorio del imperio zarista. Pero en el siglo XX el nivel de "glasnost" en Rusia ya se elevó bastante para que los rumores de los escándalos cortesanos corriesen por todo el país. El prestigio de la familia de Romanov fue definitivamente destruido, como había acontecido en el siglo anterior a la de Carlos IV, un hombre mediocre sin otra preocupación ni orgullo que su atletismo y la caza —y Nikolas II, aficionado a la fotografía, un marido tierno, pero un hombre limitado, privado de calidades necesarias para un monarca e incapaz de entender y, tanto más, de resolver los problemas del país. Ambos monarcas vivieron bajo el dominio absoluto de sus esposas quienes, a su vez, prestaron una obediencia ciega a sus favoritos.

Es cosa evidente que Godoy y Rasputin, aquellas dos personalidades siniestras para los destinos de sus respectivos países, se distinguían mucho en lo que se refería a sus calidades personales y sus actividades. En los hechos de Godoy aun se puede encontrar algunos aspectos positivos: es sabido que él trató de injertar innovaciones progresivas llegadas de Francia, patrocinó ciencias y artes. A pesar de todo aquello su influjo en el estado moral de

la sociedad española fue nefasto y destructivo. Lo que vemos descrito de modo convincente en *La corte de Carlos IV*, sobre todo cuando Galdós nos hace a nosotros seguir el curso de los pensamientos de Gabriel que sueña con una carrera brillante, semejante a la de Godoy.

Mucho más fatales para la familia de Romanov fueron los rumores acerca de los excesos que tenían lugar en la corte rusa donde mandaba a sus anchas el analfabeto campesino de Siberia, "el santo anciano" Grigoriy Rasputin. En conjunto con las calamidades de la guerra y la actividad de los partidos revolucionarios, la siniestra persona del favorito de la emperatriz rusa desempeñó, sin duda, un papel relevante en la futura caída del régimen zarista.

Abstrayéndonos de diferencias nacionales, de particularidades sociales y psicológicas podríamos afirmar que en el desarrollo y en el desenlace de ambos dramas históricos, vistas en sus líneas generales, también hay mucho parecido, aunque la variante española resultó mucho menos trágica que el fin horrible de la familia del zar.

Y esta semejanza condúcenos a la conclusión de que en ambos casos tuvo lugar la situación que precedió a la catástrofe social, al derrocamiento del régimen responsable de la decadencia del país y de la desmoralización del pueblo. El realismo de Galdós, su fidelidad a la verdad histórica le ayudaron a crear en *La corte de Carlos IV* un panorama del estado moral de la sociedad que puede considerarse como típico para el período en vísperas del cataclismo social.